

lo obscuro con mucha más es-  
guridad.

La enumeración de novelas de niño puede acrecentarse hasta el centenar, por los que frecuentan la literatura inglesa y la italiana. Con lo anotado hay bastante para crear una antesala soleada de la psicología infantil. El novelista francés cuida bastante la verosimilitud y es honrado en la observación del sujeto: mima demasiado la exactitud desde que la manía del científicismo de Bourget y los demás lo cogieron. El respeto del llamado dato científico les ha amojamado muchísimo la imaginación, atándoles el ímpetu de *la fábula pura*, el viejo licor que ya no se hace ni para los niños ni para los hombres.

No necesito nombrar *La luna nueva* de Tagore. Por fortuna que llamaré sobrenatural, esta colección de poemas de niños, la más perfecta que se conozca, ha alcanzado a los maestros, aunque sea por la vía teosófica...

Yo diría que toda educación de niño o de adolescente, toda clase, todo recitado, ha de parecerse a un juego de estampas. La madurez espera con la capacidad, y también con el vicio de abstracciones. La botánica, la geografía, la historia y la pedagogía elementales,

que es la de las Normales, si no se dan en estampas violentas de vida, valdría más que no se dieran. La expresión *estampas* hará sonreír a la seria gente profesional. Juego de estampas dice sencillamente lenguaje objetivo, lección bien coloreada de imágenes felices.

Me viene el recuerdo de mi visita a una biblioteca de Escuela Normal chilena:

—Aquí—me dijo una de las jefes mostrándome una de las estanterías y con un orgullo rotundo—no hay novelones ni novelas; si usted recorre las filas, no encontrará sino libros serios.

—Las pobrecitas niñas que vienen de la escuela primaria—le dije—¿pueden entonces saltar heroicamente de sus cuentos a la historia y las ciencias?

Su biblioteca era lo que muchas escolares que yo bien me conozco. Como los libros no se secan nunca, la enfiladura de lomos dorados aparece irreprochable. Aquello que allí se guar-

da es algo así como la Torha judía: mientras más se la reseta menos se le aproxima. Allí se hallan, en la paz de los 600 años que gozó el cuerpo de Tutankamon antes de que llegara el inglés de la estupenda excavación, los hombres que amaron el caminar con los niños, el conversar con sus semejantes de los diferentes oficios, el fundir el alma del prójimo, y a quienes su gremio caído en molinismo budista, honra con la parálisis en los anaqueles que nunca se abren. Se llamaban Rousseau, el caminador; Pestalozzi, Richter, Costa, Giner de los Rios y Sarmiento, todos ellos gente de aire libre, como la gaviota o el venado, ninguno sedentario, ninguno con la boca encerrada del difunto egipcio de las 600 vendas.

Ahora yo quiero añadir a esta lista de nombres más o menos divulgados el de *Los placeres y los juegos*, el libro de Duhamel, el francés que ha es-

crito sobre los cuatro primeros años de sus dos niños. El ha querido contar con sencillez de varón y de médico su experiencia paterna. Cada padre y madre inteligentes deberían hacer lo mismo, y lo harían bien si, como Duhamel, se pusieran a mirar a sus chiquitos día por día y a contar en esta linda promiscuidad de lo verdadero, sus *habilidades* junto con sus naderías.

Para invitar a esta lectura de una naturalidad verdaderamente clásica, yo pongo al pie de mi articulo dos trozos suavemente incitadores. Otra será la ocasión de escribir sobre el conjunto de la obra de Duhamel, tan poco leída en nuestras tierras donde de lengua francesa, sólo atraen, o las *pimientos* que decía Rubén, o los *Zohares* a lo Valery, porque se cree que toda sencillez ha de ser ñoñería y toda salud, filisteísmo.

A varón de la literatura tan bien dotado para guiar y purificar a su época, yo lo llamaría completo si no le faltase la sal cristiana; pero he de confesar que suelo preferirlo a muchísimo cristiano degenerado que camina por la literatura de esta hora, sin que lo cristiano se le conozca en la abundancia del corazón ni en la fundidura de la caridad.

### Gabriela Mistral

París, Mayo 1928:

P. D.—He olvidado las dos lindas novelas de infancia y adolescencia del ruso Garin. Añado dos bellas y honradas autografías de infancia que acabo de leer: *Mi padre y yo*, del novelista norteamericano Anderson, una especie de Gorki menos ácido que el otro, y la *Gavilla dorada*, del francés Henry Beraud, que acaba de aparecer y tiene un limpio éxito.

G. M.



## LA EDAD DE ORO

Lecturas complementarias  
para muchachos

(Suplemento al Repertorio Americano)

### Días de ocio en el país del Yann

(Viene de la entrega anterior).

Mandaroon era realmente hermosa con sus blancos pináculos enhiestos sobre las rojas murallas y los verdes tejados de cobre.

Cuando llegué al *Pájaro del Río*, los marineros ya estaban a bordo. Levamos anclas en seguida y nos hicimos a la vela otra vez, y otra vez seguimos por el centro del río. El sol culminaba en su carrera, y alcanzábamos a oír en el río Yann las incontables miríadas de coros que le acompañan en su ronda por el mundo. Porque los pequeños seres que tienen muchas patas habían desplegado al aire sus alas de gasa, suavemente, como el hombre que se apoya de codos en el balcón y rinde regocijado solemnes alabanzas al sol; o bien unos con otros danzaban en el aire inciertas danzas complicadas y ligeras, o desviábanse para huir al ímpetu de alguna gota de agua que la brisa había sacudido de una orquídea silvestre, escalofriando el aire y estremeciéndole al precipitarse a la tierra, pero entre tanto cantan triunfalmente: «Porque el día es para nosotros—dicen—, lo mismo si nuestro magnánimo y sagrado padre el Sol engendra más de nuestra especie en los pantanos, que si se acaba el mundo esta noche». Y allí

cantaban todos aquellos cuyas notas son conocidas de los oídos humanos, así como aquellas cuyas notas, mucho más numerosas, jamás fueron oídas por el hombre.

Para todos estos seres, un día de lluvia hubiera sido como para el hombre una era de guerra que asolará los continentes durante la vida de una generación.

Y salieron también de la oscura y humeante selva para contemplar el sol y gozarse en él las enormes y tardas mariposas. Y danzaron; pero danzaban perezosamente en las calles del aire como tal reina altiva de lejanas tierras conquistadas, en su pobreza y destierro danza en algún campamento de gitanos por sólo el pan para vivir, pero sin que su orgullo consintiera bailar por un mendrugo más.

Y las mariposas cantaron de pintadas y extrañas cosas, de orquídeas purpúreas y de rojas ciudades perdidas, y de los monstruosos colores de la selva marchita. Y ellas también estaban entre aquellos cuyas voces son imperceptibles a los oídos humanos. Y cuando fluctuaban sobre el río, de bosque a bosque, fue disputado su esplendor por la enemiga belleza de las aves que salieron a perseguirlas. A veces posábanse en las blancas y ceras yemas de la planta que se arrastra y y trepa por los árboles de la selva; y sus alas de purpura resplandecían sobre los grandes capullos, como cuando van las caravanas de Nurl a Thace las sedas relampaguentes resplandecen sobre la nieve, donde los astutos mercaderes las despliegan una a una para ofuscar a los montañeses de las montañas de Noor.

Mas sobre hombres y animales, el sol enviaba su sopor. Los monstruos del río yacían dormidos en el légamo de la orilla. Los marineros alzaron sobre cubierta un pabellón de doradas borlas para el capitán, y fuéronse todos, menos el timonel, a cobijarse bajo una vela que habían tendido como un toldo entre dos mástiles. Entonces se contaron cuentos unos a otros, de sus ciudades y de